

## *Sobre el reino del sentido. La dialéctica del cuerpo en la obra de Calvert Casey*

MANUEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

La obra narrativa del escritor cubano-norteamericano Calvert Casey (Baltimore, 1924-Roma, 1969), que se puede resumir en el volumen recopilatorio *Notas de un simulador*<sup>1</sup>, de 1997, representa una honda indagación en la dimensión corporal del ser humano como sede de los sentidos y, por tanto, y en última instancia, también del conocimiento. Nuestro interés se sitúa en intentar delimitar el alcance de la obsesión por lo corporal en un escritor movido por múltiples implicaciones personales, filosóficas e ideológicas.

Tanto su extremada capacidad para la captación de las formas posibles de la vida, como su inquisitivo análisis del fenómeno de la muerte, tienen su base y punto de partida en el cuerpo, considerado como sede primera y última de tales fenómenos. Lo corpóreo como instrumento para la comprensión del mundo exterior, en una mirada objetivadora, o la introspección en la problemática existencial personal, de una manera subjetiva, resultan ser en la literatura de Casey, por su constancia, su variedad y su intensidad, dos de sus temas principales y más ricamente elaborados.

El sentido último del enfrentamiento de Casey con el cuerpo parte, en buena medida, de la dialéctica occidental que opone alma y cuerpo como fundamentos del “ser” humano, pero sin embargo consigue superarla en una visión que podríamos calificar cuando menos de trascendente y, al mismo tiempo, materialista. Según esta idea, el cuerpo humano es, por un lado, un instrumento para enfrentar la realidad, e incluso el resultado de la acción del tiempo, pero también puede llegar a ser, por otro, un medio de superar la contingencia vital a través de la infinitud de la materia corpórea.

En lo que se refiere a la relación de la vida y la muerte con el cuerpo, como experiencias sensibles y físicas, y no solamente como conceptos o problemas metafísicos, el escritor da cuenta de una enorme gama de posibilidades que resumen y concentran una problemática ontológica y existencial en una casuística física.

---

<sup>1</sup> Calvert Casey, *Notas de un simulador*, Barcelona, Montesinos, 1997. Este volumen, por el que haremos las citas, recoge los cuentos de *El regreso* (1967), las notas y artículos de *Memorias de una isla* (1964) y la novela breve epónima *Notas de un simulador* (1969). Al margen, también debemos hacer notar la existencia del cuento “Meditación junto a Caballería” publicado en *Quimera*, n.º 172, págs. 8-10. Se puede decir que, a falta de otra recopilación más exhaustiva, estos textos forman la *opera omnia* del escritor cubano, toda ella de expresión castellana, salvo algunos textos menores escritos en inglés.

En efecto, y como desarrollaremos a partir de ahora en dos apartados, llama poderosamente la atención la insistencia con la que el escritor se aproxima al cuerpo vivo y al cuerpo muerto, así como a todos los posibles cuerpos intermedios que sostienen la transición entre uno y otro polo: el cuerpo enfermo —en sus múltiples padecimientos—, el cuerpo que envejece, el cuerpo que es herido o mutilado, el cuerpo que disfruta, el que alimenta y es alimentado, el cuerpo que es resto y cenizas, el cuerpo vital y el cansado o el cuerpo final que se disuelve en la inmensidad del universo.

## EL CUERPO DESERTIZADO

La primera posibilidad, en lo que se refiere a esta casuística en Casey, no excluyente de la segunda, es la que asume el cuerpo y sus sentidos como objeto de contingencia, en un enfoque socrático y platónico según el cual el cuerpo es percibido como una especie de prisión del “ser”, base física de la decadencia de la vida.

La aparición de esta circunstancia corporal negativa en los escritos de Casey parece más inesperada, abundante e imperiosa por contraste con la exacerbada sensorialidad que ofrece el mundo del Caribe. En efecto, sorprende la entreveración de la muerte, sus antecedentes y manifestaciones, con el mundo de calor, color, luz y sentido de la latitud tropical. Quizás sea lo inesperado de esta asociación lo que justifique el enfoque particular de Casey sobre estos fenómenos, que oscila entre el sarcasmo y lo que casi se puede considerar una manifestación de sadismo. Podemos explicar esta actitud subjetiva como un intento de defensa ante la avalancha invasora del tiempo: Casey, al constatar la imposibilidad de salvar o frenar el proceso de decadencia corporal, decide como contrapartida acentuarlo, desvelarlo y anotar minuciosamente todas sus posibles manifestaciones sensoriales y físicas, apelando a una suerte de humor negro cargado con el tono trágico del estoicismo y la impasibilidad ante lo inevitable.

Dos son las principales manifestaciones corporales de la decadencia: la enfermedad y la vejez, que en algunos casos aparecen asociadas. Tienen en común que tanto una como la otra suelen ser procesos que obsesionan a quienes los padecen o los observan.

Una de las situaciones más repetidas en gran cantidad de textos de Casey es la de la detención morosa en los detalles de las enfermedades. El caso paradigmático, pero no único, es el del protagonista anónimo de la novela corta o cuento largo “Notas de un simulador”, que se dedica, de manera obsesiva, a buscar en la gente que lo rodea las manifestaciones físicas que su experiencia de observador le demuestra que son los primeros signos de la enfermedad y, por tanto, de la vecindad de la muerte. Su ocupación principal es la de observar el lento proceso de decadencia física, y en particular el instante ínfimo en que el cuerpo deja de tener vida para convertirse en una masa inerte. La naturaleza morbosa de este personaje hace que sea mirado con recelo por los enfermos de los hospitales que ronda, por los vagabundos a los que se une con el fin de observarlos, por sus familiares convalecientes y, en general, por cualquiera que percibe en él esa capacidad para evidenciar la proximidad de la enfermedad y la muerte, pues su presencia en un determinado lugar es, más que un mal agüero, un indicio inequívoco de la cercanía de una o la otra.

Este personaje, como muchos otros de Casey, es un consumado observador que da relaciones muy minuciosas de las fases físicas de la decadencia. En efecto, la enumeración de padecimientos, incluso apelando muchas veces al lenguaje técnico y científico, parece ser, en muchos casos, un intento de conjurar las amenazas nombradas. Evidentemente, hacer patente y explícita una realidad, el simple hecho de aludirla, la saca del anonimato, fractura su naturaleza de tabú; del mismo modo que encerrar al simulador que observa obsesionado las enfermedades parece un acto simbólico que favorece la clausura de las enfermedades mismas, también la enumeración de éstas y su reconocimiento público tiene la misma virtud. Así, por ejemplo, uno de los protagonistas del cuento “El sol” es un anciano que tiene como obsesión ritual desde hace décadas la de no excederse en el número de escalones que sube cada día para conservar su buena salud, y, sin embargo, el de las enfermedades es su tema favorito: “Sus vecinos más jóvenes lo compadecían creyéndolo muy solo y venían a conversarle, pero siempre acababan por molestarlo y fatigarlo porque hablaban continuamente (...) sin detenerse en el tema de las enfermedades”<sup>2</sup>. En el mismo cuento, otra protagonista, una mujer que yace inmovilizada en una cama de hospital observa en los otros pacientes, vecinos suyos, el trayecto de ida a la muerte y, en algunos casos, el regreso sorprendente<sup>3</sup>. También la protagonista epónima del relato “Mi tía Leocadia, el amor y el paleolítico inferior” intenta conjurar la enfermedad, la vejez y la muerte acudiendo a un médico charlatán que asegura que “tocando” el nervio trigémino se consigue tal objetivo en realidad inalcanzable; igualmente, en el mismo relato, el personaje narrador observa a varias señoras “bien vestidas que engullen enormes cantidades de alimentos en medio de una batahola inmensa, mientras se cuentan sus enfermedades con el rostro encendido en una dura determinación de vivir”<sup>4</sup>. Cabría hacer referencia, finalmente, a la gran cantidad y variedad de enfermos y enfermedades que aparecen en “Notas de un simulador”.

En paralelo a las dolencias, suele existir, como ya hemos mencionado, la vejez. Son muchos los personajes de Casey caracterizados como ancianos encerrados en sus obsesiones por la muerte y el cuerpo, al margen de la realidad cotidiana de la vida. Así ocurre en “Notas de un simulador” con el caso de los tíos del narrador protagonista, a los que éste visita, que viven encerrados y anclados en el pasado, aislados del mundo exterior por decisión de la mujer; ella, además, obsesionada con las enfermedades y los bacilos, se viste unos guantes cuando tiene que estrechar la mano de alguien que llega del exterior. De manera similar, el relato “En la avenida” desarrolla la doble relación del protagonista con su amante y con su madre; si la primera representa la plenitud del cuerpo, la madre es analizada, con poca piedad por parte del personaje, como un resto degradado del pasado; en efecto, al compararla con la imagen que obtiene de viejas fotografías, se da cuenta de la imparable decadencia psíquica y física de su progenitora y piensa que “sus relaciones con ella se habían reducido a la observación de ese proceso inicuo”<sup>5</sup>. Un caso muy similar de relación materno-filial a través del cuerpo es el de “En el Potosí”, cuento que

---

2 C. Casey, *Op. cit.*, pág. 102.

3 Cfr. C. Casey, *Op. cit.*, pág. 108.

4 C. Casey, *Op. cit.*, pág. 161.

5 C. Casey, *Op. cit.*, pág. 233.

trata de la visita ritual y por separado de una madre y un hijo a los distintos cementerios de La Habana, insertos ambos en un juego de obsesión por la muerte y por la búsqueda de un lugar adecuado que recoja sus restos después de ella. También uno de los protagonistas de “El sol”, el anciano, vive obsesionado por conservar a toda costa su salud evitando todo esfuerzo físico. Como último ejemplo de esta situación mencionaremos “El amorcito”, donde el narrador protagonista describe la miseria física —aludiendo al olor, color, etc.— de una mendiga que duerme en el parque al que él acude esperando una cita. Todos estos ejemplos nos demuestran que, en efecto, la vejez suele emplearse como contraste reductor frente a las fisonomías jóvenes y sanas, incidiendo en el sentido del cuerpo como limitación del “ser” humano.

En este sentido, no resultan casuales las alusiones a la situación contraria, la de la salud y la juventud, entendida en no pocas ocasiones como una especie de escarnio o de insulto por parte de quien considera que carece de ellas. Así, por ejemplo, en el relato “Adiós, y gracias por todo”, se habla del aspecto radiante y saludable de una chica inventada por el protagonista y también de un acompañante de ésta, al que se refiere en estos términos: “El acompañante de Marta era un muchacho joven (...) con una sonrisa expansiva que anunciaba una salud que casi ofendía”<sup>6</sup>. En “El paseo” Ciro, el protagonista, que es un adolescente que va a ser iniciado en el mundo de los adultos, es valorado por los amigos de su tío, que alaban en él su buen aspecto físico. El protagonista de “Notas de un simulador” que, como ya hemos dicho, está obsesionado por la enfermedad y la muerte ajenas, sin embargo es capaz de admirarse ante la salud; así, respecto al guardián que lo custodia en la cárcel, dice “Es joven y fuerte, respira energía. Saludo en él al bien supremo del vivir, el más incierto y amenazado, y no obstante el único con que realmente contamos (...)”<sup>7</sup>. Un ejemplo más podría ser el del niño perfectamente aseado y pulcro que camina hacia la escuela en “El sol”. Todos estos casos, y otros que se podrían citar, no hacen sino insistir en esa concepción contrapuesta de la vida como un valor corporal amenazado constantemente por múltiples peligros.

Otra posibilidad de aparición del cuerpo en su fase descendente es la que se refiere a los cuerpos maltratados, bien por otros, bien por uno mismo. En efecto, es curioso observar cómo Casey lleva a su extremo la ya mencionada tendencia a desvelar las manifestaciones naturales de la muerte, intentando, con esa exageración de las mismas, conjurarla de alguna manera. En varias ocasiones son los propios personajes los que asumen la función degenerativa del tiempo sobre el cuerpo, acelerando el proceso mediante procedimientos cruentos que, a la postre, conducen a la muerte o a la degradación del cuerpo. Tres cuentos son prototípicos en este sentido: “El regreso”, “La ejecución” y “El amorcito”. En los dos primeros se relatan sendas muertes violentas, una como resultado de un proceso de tortura y la segunda por una ejecución. En particular en “El regreso” el cuerpo maltratado adquiere una dimensión casi totalizadora, al resumirse en él ya no tanto la injusticia social como la indefensión del cuerpo ante su imparable destrucción. El tercero de los textos presenta a un personaje que, en su afán por encontrarse con una chica a la

<sup>6</sup> C. Casey, *Op. cit.*, pág. 41.

<sup>7</sup> C. Casey, *Op. cit.*, pág. 228.

que había conocido en un parque, regresa a él todas las noches, de manera obsesiva, hasta que decide, para mayor seguridad en el encuentro que ya no se produce, quedarse indefinidamente en el parque, pasando a formar parte de la tropa de mendigos que allí habitan y que tiempo atrás él había mirado con recelo e incluso con aversión. El caso de los abundantes mendigos de los cuentos de Casey se refiere, precisamente, a este sistema de degradación individual, y hasta cierto punto voluntario, del cuerpo, como un intento de convertir la inevitable llegada del tiempo, la vejez, la suciedad y la enfermedad en una realidad constatable. Asumir la función degenerativa del tiempo y la enfermedad, actuando sobre el propio cuerpo, es una manera de negarlos.

También se podría hablar del cuerpo como una limitación de cara al exterior, en su dimensión social, como ocurre en “El regreso”, donde su protagonista, homosexual, calvo, miope y tartamudo, se siente fuertemente cohibido en su relación con los demás debido a estos rasgos que él mismo considera taras insalvables. Algo similar observamos en “Polacca brillante”, donde un personaje secundario, un peluquero, se cubre su calva, de manera irónica y paradójica, con una peluca.

Quizás la apoteosis de los cuerpos como campo de batalla del tiempo, la vejez y la enfermedad sea la referencia a la acumulación de cuerpos acabados, en las alusiones a los innúmeros muertos que se acumulan desde los primeros tiempos del ser humano —“Mi tía Leocadia, el amor y el paleolítico inferior”, “En la avenida”— o, simplemente, la presencia ya mencionada de los cementerios o los hospitales como lugares casi de culto para algunos personajes.

## EL CUERPO COMO POLEN Y NIDO

Frente a lo que acabamos de ver, y sin duda como resultado de todo ello, Casey, curiosamente, establece la salvación del ser humano no a través de la afirmación del espíritu en detrimento del cuerpo, como cabría esperar, sino por medio de la prolongación de éste. Se trata, por tanto, de un cuerpo trascendentalizado que se salva por la infinitud de su materia y que también permite salvar a los demás.

La primera posibilidad de prolongación que se ofrece es la del erotismo. La contemplación de una belleza corporal abstracta y al mismo tiempo total es una de las ocupaciones de muchos de los personajes, normalmente masculinos, de Casey. La observación de la mujer representa una vía de entrada en el cuerpo femenino y, por tanto, un olvido de uno mismo, quedando así la individualidad, instalada en esa observación atemporal y extática, a salvo del tiempo. En “Adiós, y gracias por todo” el protagonista inventa, para contemplarla, a Marta, una muchacha de belleza ideal; algo parecido, pero ya real y no imaginario, es lo que experimenta el protagonista de “El amorcito” al describir a Ester; en “La dicha”, Jorge vive una sensación de detención temporal cuando contempla el cuerpo de su amante dormida a su lado —“la contempló largamente antes de decidirse a despertarla”<sup>8</sup>—, pero también cuando recuerda fragmentos de la belleza de su esposa, en ese momento ausente. Casi de manera idéntica a este último caso, en “El sol” y “En la ave-

---

<sup>8</sup> C. Casey, *Op. cit.*, pág. 78.

nida” aparecen otros dos hombres que observan a sus respectivas compañeras mientras éstas duermen a su lado, también sin decidirse a despertarlas, entrando, por tanto, en el mundo interior de ellas y evadiéndose de su propia corporeidad.

El grado máximo de manifestación de esta posibilidad es el que se concreta en la posesión física, manifiesta en el relato “Piazza Margana”, el más representativo, sin duda, de este proceso de salvación a través del cuerpo. Todo el relato consiste en la descripción homoerótica por parte del narrador de lo que sería su entrada y su permanencia en el cuerpo de su amado. La anulación personal y la fusión con el otro, tópico del amor de todas las épocas, alcanzaría así su cota máxima de realización. El personaje desearía convertirse en un vampiro paseándose por todos los órganos del ser amado y alimentándose de cada uno de ellos, para alcanzar, de ese modo, la salvación absoluta. Dice, a este respecto, “Esto es el Paraíso. Lo he hallado (...) He entrado en el Reino de los Cielos y he tomado posesión de él con todo orgullo. Ésta es mi concesión privada, mi heredad, mi feudo. No me marcharé”<sup>9</sup>.

Esta seguridad y eternidad que ofrece el cuerpo, entendido en un sentido erótico, aparece también, con un enfoque filosófico materialista, en relatos como “En la avenida”, “Mi tía Leocadia, el amor y el paleolítico inferior”, “La ejecución” o “En el Potosí”. En todos ellos la materia corporal alcanza una cierta trascendencia que revela su universalidad y su infinitud. Particularmente en los dos primeros se da cuenta de la constante presencia en el mundo de la materia corpórea de millones de vidas anteriores, disuelta y dispersa en todas las cosas que tocamos. “En la avenida”, además, nos muestra cómo el personaje protagonista siente la revelación de que se ha salvado gracias a su cuerpo, entendido también como materia sensual. Así, mientras abraza a su amante, deseando que ese momento no se acabase, piensa que “quizás un geólogo, al hendir el polvo con su pico miles de años después, destrozaría su sexo, ahora erecto. // La idea primero lo entristeció, pero después lo exaltó. Mientras este planeta (...) no estallara, quedaría incrustado para siempre en alguna marga. Y aun si el planeta estallaba, convertido en partículas de polvo él seguiría flotando en el vacío. // Comprendió que era eterno”<sup>10</sup>.

Casi a modo de curiosidad, cabría referirnos finalmente a la insistencia con que Casey hace alusión a las sesiones de espiritismo, donde las almas ocupan los cuerpos de los *mediums* y se manifiestan a través de ellos. Ésta es también una manera de representar al cuerpo como instrumento de relación con un más allá sensorial y sensible.

## SALTO AL VACÍO

Como conclusión y resumen, hemos observado la manera en que Calvert Casey da cabida en su obra narrativa a dos vías complementarias que le permiten expresar su concepción sobre el conflicto filosófico universal que plantea el hecho de que el ser humano esté limitado en su existencia por su corporeidad. El cuerpo, en el que residen los sentidos y el sentido único de la vida como existencia, adquiere en Casey un carácter dual e

<sup>9</sup> C. Casey, *Op. cit.*, pág. 243-244.

<sup>10</sup> C. Casey, *Op. cit.*, pág. 235.

incluso contradictorio y paradójico —con la paradoja inevitable y necesaria de los místicos— ya que es, por un lado, la sede de la vida donde hace acto de presencia el tiempo con sus manifestaciones para arruinar el cuerpo, pero también es la sustancia única con que cuenta el ser humano para intentar el salto a la trascendencia.

Comprendemos con Casey que lo que nos destruye también nos hace eternos. El cuerpo, sede de nuestra experiencia sensorial del mundo, nos condena a desaparecer, pero también, al cabo, nos preserva eternizados en las distintas formas de la materia. Hay, sin duda, un salto cualitativo entre una y otra posibilidades, pero no cabe duda de que, para Casey, el Reino prometido está en este mundo, el cuerpo como recinto sagrado de los sentidos.

---

9 C. Casey, *Op. cit.*, pág. 243-244.

10 C. Casey, *Op. cit.*, pág. 235.